

El poeta solo

Eugenio Florit entre *Órbita* y *Jiribilla*

*Pero aquí, lejos
de aquella hoguera de la ira...*

EUGENIO FLORIT,
El ausente

Al inicio de la década de 1960 —exactamente 1963—, luego de treinta y tres años de ausencia, se publicaron nuevamente en la entonces Unión Soviética poemas de Vladimir Maiakovski. Hubo que esperar la muerte del camarada Iósiv para que la supuesta rectificación de los errores/horrosos stalinistas por Nikita Kruschev, «acercara» los versos del poeta de la blusa amarilla a los lectores. (Claro, clandestinamente corrían de manos en ojos. Joseph Brodsky cuenta en uno de sus ensayos que Anna Ájmatova le regaló un tomito empastado en carmelita de los poemas de Vladimir a Boris Pasternak, y que luego llegaron a su poder por medio del propio autor de *El Doctor Jivago*).

Ahora en Cuba, pasados cuarenta y tantos años, se reeditan nada más y nada menos que cuatrocientas páginas de la obra del poeta cubano Eugenio Florit, en una vistosa *Órbita*. (El suceso editorial se dio el día lunes 9 de febrero del 2004 ante un salón abarrotado: no pasábamos de veinte con Televisión Española y todo). Y acto seguido, apareció una reseña sobre el libro —«Florit, el nuestro», de Tomás Santiesteban— en la publicación quincenal *La Jiribilla de papel*¹, correspondiente a la segunda mitad de febrero de 2004. (¡A tan sólo unos pocos días de la presentación! ¡Y sin perder un minuto! ¡Qué paso más chévere!).

¹ Periódico cultural cubano. También cuenta con una edición en formato digital.

La reseña podría resumirse en un «¡Qué bueno, compañeras y compañeros: el cubanísimo, el coleccionista de guayaberas Eugenio Florit está entre nosotros!», y en la noble gestión por transcribir las agudas palabras de Virgilio López Lemus, César López y Pablo Armando Fernández. Y precisamente ahí me detengo, en la agudeza de esas palabras; con la ayuda, ¡faltaba más!, del transcriptor reseñista.

Según dijo el Premio Nacional de Literatura y poeta César López, la *Órbita* «se ha vuelto posible gracias a la insularidad cultural, política, histórica y generosa que tenemos en Cuba». Y anteriormente: «Se cree que uno se erige en abogado de lo imposible y así parecía con Florit y otros poetas que no se nos alejaban, sino que manos torpes querían alejar, pero lo imposible se ha vuelto posible». Parece que el autor de *Primer Libro de la Ciudad* no sabe que son los mismos manos torpes (*con las mismas manos*, diría Fernández Retamar) con traje ahora distinto, quienes hoy, generosamente, permiten publicar a Florit. También parece que el autor de *Segundo Libro de la Ciudad* olvida que el pasado año no se hizo la más leve alusión a Florit en los medios de difusión por parte de esos manos torpes (*el manotazo de plomo*, le recuerda Lezama). Además, parece que el autor de *Tercer Libro de la Ciudad* pasa por alto que el pasado año, a excepción de la tertulia que él preside en la librería José Lezama Lima de la deprimente calle Zanja, no se realizó en La Habana evento alguno en memoria de Florit². (Tampoco a Lino Novás Calvo. Luis Amado Blanco³ se robó el *show*). Y nada, que a la vez no se puede ser abogado de imposibles, ser discípulo de Avicena y especular si de este lado está el poeta.

Por otro lado, el ensayista y también poeta Virgilio López Lemus, quien tuvo a su cargo la selección, prólogo, cronología y bibliografía del libro en cuestión, señaló que si bien habían transcurrido cuatro décadas de silencio floritiano en cuanto a publicación de libros íntegros del poeta, en los años 60 y 70 sus poemas estuvieron presentes en algunas antologías salidas en la Isla. Y tiene razón el autor de *La sola edad*: Samuel Feijóo antologó a Eugenio Florit en las siguientes tres antologías: *La décima culta en Cuba* (1963), *Sonetos en Cuba* (1964) y *Panorama de la poesía cubana moderna* (1967). ¡Qué buena muestra de la poesía floritiana, verdad!: sólo Feijóo tuvo la seriedad de incluir al poeta de *Doble acento* entre 1960 y 1979. Pero sin lugar a la más mínima duda, lo importante, como entrevé el antólogo, es que estuvo. (Formó parte de la gloriosa y selecta delegación poética cubana de aquellos años). Aunque, ¿no aparece acaso Florit en antologías como *Para el 26 de julio* (Baragaño, 1962); o

² Desconozco si en otra(s) provincia(s) se realizó algún homenaje, coloquio, etc. Al menos en Holguín se editó una breve selección de sus poemas, a cargo de Manuel García Verdecia.

³ Luis Amado Blanco (España, 1903 - Roma, 1975). Poeta, narrador, periodista, director y crítico teatral. Cursó estudios de Medicina en Madrid, y paralelamente ejerció el periodismo. Radicado en Cuba desde 1936, se incorporó a la vida cultural cubana. Al triunfo de la Revolución de 1959, fue embajador de Cuba en Portugal. Desde 1961 hasta su muerte ejerció igual cargo en la Santa Sede. En el 2003, a propósito de su centenario, en Cuba se le rindieron múltiples homenajes.

en *Antología de jóvenes y viejos; poetas de vanguardia* (Varios, 1964); o en *Pueblo en verso* (Varios, 1966); o en *Trabajadores poetas* (Ramos Medero, 1974); o en *Poesía de combate* (Margarita Mateo, 1975); o en *10 poetas de la Revolución* (Varios, 1975); o en *Dice la palma* (Mirta Aguirre, 1979); o en *Poemas a la Revolución Cubana* (Augier, 1980)? Sí, posiblemente sí se incluyeron algunos poemas de Florit en varias de las muestras antes mencionadas; sucedió que el autor de *Trópico* firmó con el nombre de un poeta trabajador y de combate. ¡Por favor! No digo ya que se contemplaran sus poemas escritos después de 1959 —demasiado pedirle a los filántropos censores—, sino los canónicos anteriores a *Asonante final y otros poemas*, como «Martirio de San Sebastián», por ejemplo. Incluso la bibliografía sobre Florit en la Isla «fue» escasa en «aquellos tiempos», más bien nula. Lo que sí resulta innegablemente desolador es que en el tristemente célebre *Diccionario de la Literatura Cubana* (1980), donde aparecen notables ausencias —Lorenzo García Vega, Gastón Baquero, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Calvert Casey, Lino Novás Calvo, Carlos Montenegro, por citar algunos— en la entrada de Eugenio Florit, terminemos leyendo: «Desde los Estados Unidos, donde radica desde hace muchos años, mantiene una posición hostil a la Revolución». Pero, para qué recordar chubascos pasados; estoy seguro de que en la próxima edición del diccionario aparecerán, siempre como muy nuestros, esos escritores. Aparecerán todos con una nota aclaratoria que dirá: «Emigraron del país por el síndrome o complejo de Rimbaud. Nunca renegaron de su patria amada». Muy hermoso, ¿verdad? Muertos Mirta Aguirre y José Antonio Portuondo, ¿quién será el autor(a) de tal nota? ¿El prologuista de la *Órbita*? ¿El reseñista de la *Jiribilla*?

De la intervención de Pablo Armando no hay mucho que decir, el reseñista transcriptor reproduce parte de sus palabras que hablan por ellas mismas. Pero le faltaron aquellas —algo tenía que escapársele entre tanta resina crítica— donde el poeta de «El Gallo de Pomander Walk» nos recuerda que, sin lugar a dudas, conoció a numerosas personalidades no sólo de la cultura cubana, sino universal, y que primero se expresó en la lengua de Eliot y Pound, y luego en la de Vallejo y Guillén.

Así, inolvidable para nuestra historia cultural, fue aquella presentación de la *Órbita de Eugenio Florit* que el reseñista transcribió tan veloz como un rayo del mismísimo Zeus —¿y quién cuestiona nuestros avances científicos?—, para que no quedaran en el olvido los bocadillos de cada actor protagónico.

En fin, hubo que esperar más años en Cuba para tener unas páginas de Eugenio Florit, que en el gigante eurasiático para editar a Maiakovski. (Quizás hubiera sido necesario que Florit se quedara en Cuba, se disparara un plomazo en el cerebro para que entonces, sólo entonces, lo publicaran marxista —y no de manera cristiana— a los treinta y tres años de muerto). Aunque, claro, Rusia, a pesar de los errores / horrores, tenía / tiene su gran cultura; mas nosotros, isleños rodeados de un mar tragón, todavía nos debatimos en la paciencia de un espejo apócrifo. Hasta el propio Stalin dijo, ante el suicidio de Maiakovski, que acababa de morir un gran poeta.

LA ÓRBITA. BREVES ANOTACIONES

No me propongo —no es intención de estas líneas— ensayar acerca de la obra de Florit. Mas estimo necesario detenerme ahora en el prólogo de López Lemus para el libro en cuestión, y luego hacer una objeción de peso en cuanto a la selección poética.

Si hoy la poesía de Eugenio Florit ocupa un lugar cimero en las literaturas cubana y de habla española, es porque fue más allá del purismo, coloquialismo y demás «ismos» en los que se podrían encasillar sus poemas. Octavio Paz, a propósito de Darío, dijo: «Su obra no termina en el modernismo: lo sobrepasa (...) Algo que pertenece más a la historia de la poesía que a la de los estilos». Por supuesto, Florit no fue modernista (aunque sí heredero); lo que señalo, valiéndome de la idea de Paz, es que no fundó escuela ni movimiento poéticos, pero sus versos transitan por algunos de ellos, y luego los trascienden. Su poesía es, como dijo Cintio Vitier, la de «la transfiguración de los sentidos»; su poesía es la del misterio nostálgico —nostalgia de un origen; de ahí su tránsito/búsqueda por varias formas de la poesía—, misterio que irá *in crescendo* en sus poemarios.

El prólogo de López Lemus, como acostumbran ciertos ensayistas, no sobrepasa lo meramente escolar, el didactismo. Claro, entiendo que lo escolar se debe a una bondadosa intención de volver asequible la obra del poeta a la población lectora cubana que, quién lo duda, crece por día. (Parece que Robert Walser estaba equivocado al decir que «el artista debe guardar las distancias respecto de la masa» y que «sería un verdadero idiota si sostiene su talento sobre la idea de acercar su literatura al pueblo»). Población, sobre todo la que ya pasa de los cincuenta (y la que no también), que apenas tuvieron tiempo de leer a Florit en las antologías de los 60 y 70 —¡imagínense!: Crisis de Octubre, Zafra de los diez millones, trabajos voluntarios, escuelas al campo, domingos rojos, etc.—. Pero nunca es tarde: ahí tenemos el prólogo masticadito, y la obra sin piernas. (Aunque así puede caminar, ¿no es cierto? «Porque en tiempos difíciles /esta es, sin dudas, la prueba decisiva», diría Heberto Padilla).

Pasemos ahora raudos y veloces por el prólogo —de otra manera no puede ser, podríamos contaminarnos.

Para comenzar, el ensayista parte del presupuesto crítico de que «el asunto no consiste en participar en una posible disputa sobre la nacionalidad real del hombre célebre, sino de ir a lo esencial de su legado: su obra literaria está tan estrechamente ligada a la cultura insular que el asunto no merecería otro comentario». Y acto seguido, dedica párrafos y más párrafos (uno, dos y tres: ¡sin perder el paso chévere!) a sostener los valores poéticos de la lírica floritiana desde un discurso nacionalista (¡ay!, lo cubano en la poesía pasado por agua), casi provinciano. También llega a sostener criterios como que «sin dudas, los aportes americanistas de la poesía de Florit son determinados por condiciones socioculturales bien definidas». No sabe el ensayista que las condiciones socioculturales, históricas, no revelan nunca la naturaleza última de una obra literaria; más bien la reducen o, en el mejor de los casos, se quedan en una arista del todo. (Así, todavía encontramos estudiosos que, por citar otro ejemplo, se acercan a los textos de Carpentier desde falacias, como «lo

real maravilloso», o desde la camisa de fuerza del barroco americano. Sopor-tes que la propia obra carpenteriana sobrepasa). Por otra parte, encontramos que el ensayista, para sostener que un cuaderno como *Asonante final y otros poemas* es superior a *Doble acento*, afirma que entre «las razones que podemos alegar» —¿quiénes conforman ese plural?— está, primeramente, «el afán comunicativo-conversacional que se halla en *Asonante final y otros poemas*». Un mayúsculo disparate, hermano mayor del de la idea anterior; sin comentarios.

También (además) asoman ideas como esta otra: «El punto de la tierra en que se sitúa es el Trópico y es Cuba, zona terrestre extraña a la nieve...». Qué simplismo analítico; reduccionismos y reduccionismos. Poeta López Lemus, sí hay una nieve en Florit que va más allá (o acá) de «puntos» en el cual se sitúa el poeta: es la nieve casaliana, la mortífera carcajada; ese mínimo de fatalidad que debe tener todo poeta para ser inmenso. Nieve / fatalidad que podemos encontrar en cada grande verso de los mayores poetas cubanos. Aunque entiendo ciertas limitantes: nuestra poesía de «Aser el Pan» carece de esa *misteriosa dulzura del frío*.

Y ya, por último —no me extendiendo más—, el ensayista ignora casi por completo, al vislumbrar las corrientes y los poetas que alimentan la obra de Florit, toda la tradición anglosajona del XIX y principios del XX, el Darío de «Epístola a Madame Lugones», o a Vallejo, a quien sólo nombra de pasada. Nada: no un escándalo, casi un relajó.

En cuanto a la selección entre la vasta obra floritiana, aquí va mi objeción —entiendo los límites que las editoriales ponen de cantidad de páginas, y todo lo demás que se quiera—: Antólogo López Lemus, qué sucedió que un POEMA como «Los poetas solos de Manhattan», sin duda de los cimeros de la lengua española, no aparece en este muestrario de los textos del poeta cubano. ¿Es algo extenso y ya estaba en las cuartillas límites exigidas? ¿Lo olvidó? Ello es tan poco / nada serio, que sería como antologar a Lezama obviando «Muerte de Narciso», o «Noche insular: Jardines invisibles»; o como antologar a Piñera obviando «La isla en peso». Por demás, en el prólogo no lo menciona ni de pasada. (Hasta en una antología de poesía cubana del siglo XX como la publicada en 2002 por el Fondo de Cultura Económica, muy cuestionable, está el POEMA. Incluso, en la nada desdeñable *Las palabras son Islas*, ante la exclusión de «Conversación a mi padre», el prologuista tiene la seriedad de exponer sus razones: el límite / reducción, ¿les suena?, de cuartillas). Ya no es un problema de índole política o censura, sino de falta de rigor intelectual, de ceguera —por supuesto, nada borgeana u homérica.

Y en fin, es así: adolecemos de tanta miseria letrada, que termino agradeciendo (del lobo, una pezuña) la selección de la *Órbita*; para nada el prólogo. (En cuanto a la reseña «Florit: el nuestro», bien conocidos son los dos o tres usos del periódico en las casas de los cubanos). También doy gracias al empeño de aquellos que tuvieron que brincar cortinas de hierro (y también «brincar» sobre no pocos *manos torpes* que simulan descorrerlas) para que al menos Florit se lea entre nosotros en una *Órbita* que, incuestionablemente, fue de un cuidado y edición excelentes, y bastante agradable a la vista del lector —algunas

de las fotografías incluidas en el Testimonio Fotográfico del libro, por ejemplo, son en verdad antológicas.

Al iniciar estas páginas, señalé que en la presentación de la *Órbita* no pasábamos de veinte en la sala, incluyendo la Televisión Española. Sin duda, a los medios de difusión españoles le interesa más la figura de Eugenio Florit que a los medios cubanos. ¿Quién es «Florit, el nuestro»? ¿El jiribillesco, o el que al parecer de López Lemus jamás escribió «Los poetas solos de Manhattan»? El autor de *Reino* es, por suerte, un inmenso poeta que pernocta, hasta sabrá Dios qué *fiat lux*, junto a *las aguas perezosas y tristes /de los ríos que ciñen a Manhattan...*

Siempre será «el ausente». Así lo eligió: *lentus in umbra*.



Conocimiento: Edificio-Puente,
Óleo y acrílico sobre impresión digital sobre tela, 2000.